LA ETERNA MIRADA DEL ADIÓS

Manuel Tejedor Rábano

Primera edición, enero de 2025
© Manuel Tejedor Rábano, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87532-44-4
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL M-28165-2024

LA ETERNA MIRADA DEL ADIÓS

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

La eterna mirada del adiós

¡Hay algo tan encantador como una atolondrada mirada
para decir un eterno adiós!
Todo es irreversible… la muerte, la vida,
el misterio, el amor, el arte, la ciencia.

La ciencia y el arte no comprenden la vida,
porque no se puede creer eternamente en algo irreversible.
La pasión solo es el roce del alma con el exterior.
La vida es débil y ágil.

La muerte es dura y fuerte,
por eso perece.
¡Quisiera que la muerte me sorprendiera con algo,
pero me temo lo peor!

No me esperes, mi verde vida,
con tu vestido rojo.
Aunque regrese, no seré yo
ni tú serías capaz de engañarme.

Poema de la vida marchita

En los instantes en que uno se muere y no adivina
tras las alambradas de carne si hay precipicio o llanura,
cuando se pierde todo hasta la carne que con egoísmo ama,
como si buscase uno alguna vez la ventana abierta del paredón.

Esa angustia de estar nervioso y no tener carne en los nervios,
esa duda de saber si es posible la inusitada vida de los sueños.
Rezas: «¡Dejadme la vida, que el mundo ya me encargaré de hacérmelo!».
La soledad del escorpión en los desiertos es soledad de vida.

Su suicidio no tiene más objeto que buscar otra vida.
Aun sin carne, sin identidad se pretende ser,
ser el sueño de una idea.
Aún vanidosos, queremos ser lo solitario que fuimos.

No compartir la tela del alma con otras solitarias almas,
pero en nuestro espíritu crecerán todas las rosas que cortemos,
andaremos por todos los caminos que nos dieron miedo,
descalzos por los senderos donde amedrentamos, metiendo miedo.

Seremos el daño que hicimos,
la frente que dudó, sudó y sufrió,
aunque no sepamos en verdad quiénes somos
y seremos.

El hombre azul

Las gotas de agua que en aquel día cayeron del cielo
venían vestidas de claridad y empaparon sus ojos.
Su vista taladró en un instante la mirada de todo ojo extraño.
Extrañados los cielos de lo que en la vista lleva la gente
se abrieron.

Pero, cuando vio la luz, sus ojos se cargaron de claridad
como estrella que cada vez más se separa de las estrellas.
Sin retorno acudió, solitario, a la cita de las soledades,
sintió separarse cada vez más de lo recién conocido y amado.

La carne de la bondad, la belleza y la verdad se le desgarraron
cuando supo que iba a amar.
Sintió el fuerte tirón de su espíritu hacia esa oscuridad,
sin que nadie escuchase su tañer.

El hombre azul supo que era un pedazo de cielo;
pero, en ese instante, las luces de los cielos se apagaron.
Un azul marino nocturno de astros formándose
inundó de mares profundos sus desiertos de antaño.

Cuando su mano no pueda tocar la cara que lo mira alejarse,
cuando ningún cuerpo a la deriva vare, encalle, amarre en su playa,
su puerto sentirá el frío de la muerte en su vida.

Entonces, con la peor muerte empezará a morir,
pero no terminará de aprender en este medio existir
que nos deja abandonados, desolados como una flor de lava.
Sonríe cuando apretamos el tallo de la rosa,
sonrisa recién cortada entre los dientes.

Trasplante de corazón

Ese gondolero lleva mi corazón enamorado, aún latiendo,
a las entrañas de la tierra que hay en el mar,
para colocarlo en las urnas de cristal
que hay como oleajes en los aires azules del viento.

Porque un corazón con vida es el sueño que tienen las estrellas.
Vienen las pesadillas, pensando en mil diabluras,
tratan, aún latiendo, de llevarlo a los infiernos amarillos,
pero amarilla era la falda y la blusa que ocultaba su cuerpo.

Viene, parsimonioso, sonriendo el gondolero de los corazones abiertos.
Se cruzan las góndolas en las calles, anegadas por las lágrimas.
Mi corazón no ve tu falda amarilla ni tu blusa dorada,
no ve tu cuerpo desnudo y sin corazón que llama… pero adivina.

Los gondoleros de mi muerte para tu vida me lo arrancan.
Un nuevo mundo recorre las arterias,
sangre nueva impulsa las certezas.
Como corteza de árbol en tierra, mi cuerpo espera
mientras mi corazón recién nacido en otro cuerpo espera.

Vendrá el rechazo como desdén de hojas otoñales
a caer al suelo para ver mi cuerpo deshecho,
pero la verde hoja que nazca de la nueva sangre de mi corazón
amará a través de otoños invernales los colores de todas
tus nuevas primaveras.

Cruz y corona

El amor arremete desquiciado por su insatisfacción.
Ha cubierto el deseo su lugar y, fenecidos los sátiros,
ponen flores sobre sus lápidas mortuorias las ninfas,
mas un loco colérico, para vengarse, hace acto de presencia.

Con una azagaya arrebatada por amor, escarba los huesos,
lame la médula del placer como si fueran labios.
Con el arco zigomático de su calavera los besa,
mas no saca sustancia que alimente su hambre eterna.

Todos se ríen de él, pero su faz está roja,
no de su ridículo espantoso, arrebolado.
Es un tigre sin furia en reposo,
al que la intimidad descorre su cortina de bambú.

Un odio contrito hace acto de presencia
en un leve rictus de sus pómulos por primera vez.
Llama a la muerte para que le auxilie, pero está solo,
porque la frustración rebelde que le embaraza es muerte.

Vuelve su cara hacia el cielo
y, cabizbajo, le vuelven los deseos.
Sabe que los satisfará, así como que no hallará
a ningún cadáver que su amor pueda resucitar.

¡Qué hijo nacerá de esta naturaleza bronca
que deambula por el mundo como por su infierno,
como diablo fuera de sus infiernos, que en la costumbre
eran sus paraísos, o un ángel desposeído en un infierno!